

## Papel Literario

# Ednodio Quintero y Carlos Vitale

Coincidieron en Mérida: desde Barcelona, España, vino Carlos Vitale a presentar los títulos de poesía de la Editorial Candaya, donde la voz de José 'Pepe' Barroeta, en una edición extraordinaria (que incluye un CD donde se escucha al poeta leer 15 de sus poemas escogidos del conjunto de su obra), se ha encontrado con la de poetas como Elvio Romero (Paraguay), Teresa Martín Taffarel (Argentina) y Antonio Tello (Argentina). Por su parte, Ednodio Quintero, leyó el texto que hoy ofrecemos a nuestros lectores, en el homenaje que la Feria le rindió por su trayectoria como escritor

*Ednodio Quintero*

---



FOTO VASCO SZINETAR

## Cuya fama se perdió en las tinieblas

para Leda, mi hija

1.  
Miguel de Montaigne, el señor de la Montaña, que nunca me ha hecho quedar mal, escribe, a propósito de las recompensas honoríficas, lo

siguiente: “Ha sido buena intención, y admitida en casi todo el mundo, establecer señales vanas y sin valor para honrar y recompensar la virtud”.

El mismo Montaigne, en otra parte, acude a una cita de los presocráticos Crisipo y Diógenes para ilustrar el tema, que es un tópico, de la reputación: “Entre todas las voluptuosidades no hay otra más peligrosa que ésta que nos produce la aprobación ajena”.

Siguiendo esa línea de pensamiento, yo creo, permítanme decirlo, que el juicio de nuestros contemporáneos será siempre sospechoso. Se nos juzgará, no tanto por nuestras obras y acciones u omisiones, sino por la simpatía, la indiferencia o el desprecio que éstas generen en nuestros pares erigidos en jueces.

En rigor, no deberíamos aguardar recompensa alguna por aquello que hacemos por necesidad, obligación o placer. Ya es suficiente recompensa ver cómo nuestro empeño de orfebres, por ejemplo, se convierte en una joya singular. Un escritor escribe libros, y en ello no veo yo nada excepcional ni digno de alabanza, pues si no lo hiciera debería hacerse llamar de otra manera: taxidermista, agrimensor, conductor de trolebús.

Pareciera que esta perorata es una introducción a un acto de auto sabotaje o tal vez una estrategia sibilina para llamar la atención.

No se asusten, no estoy yo para dárme las de enfante terrible. Quizá estoy un poco confundido —y abatido— y no entiendo muy bien, a pesar del excelente y emotivo retrato que hace de mí el dilecto amigo y hermano siamés, Antonio López Ortega, no entiendo por qué y para qué se me rinde un homenaje, revestido de solemnidad, que incluye una condecoración Bicentennial, que al decir de mi hermana Leyte es la que se le concede a los obispos y a los muertos. Quizá yo sea también eso: un obispo muerto, embalsamado, vestido de púrpura y satén, con zapatillas de charol, panza de cervicero fanático del Magallanes, acostado de cara al sol en una canoa que avanza serena por un río de las llanuras, perseguido por una nube de moscas y custodiado por un perro de jade.

A pesar de esta fantasía episcopal, que a decir verdad no estoy improvisando para la ocasión pues ella recorre como el espectro del cazador Grachus, ese inquietante relato de Franz Kafka, recorre, digo, las páginas de una novela que desde hace ya tres años estoy a punto de terminar. Sólo que en esa invención novelesca yo soy el guardián del obispo, su albacea y matador.

A pesar de mis temores y temblores, y del peligro cierto de caer en alguna depresión, decidí aceptar el homenaje que esta noche me ofrece la muy ilustre Universidad de Los Andes, por la simple y elemental razón de que los dones no se merecen ni se ponen en cuestión, son regalos que se aceptan sin rechistar, con humildad y profundo agradecimiento.

Así, pues, agradezco a los artífices de este equívoco: Gregory Zambrano, mi amigo Gregorovius, Mariano Nava, director de la FILU, y Humberto Ruiz, Vicerrector Académico de la ULA. Agradezco a Antonio López Ortega por ese magnífico y ojalá que acertado perfil de alguien que alguna vez, cuando aún la ilusión ardía como una brasa en mi corazón, soñé ser.

Agradezco a la Universidad y sus autoridades.

Y agradezco a Mérida, la ciudad que me ha brindado asilo desde siempre.

2.

Yo nací en un lugar agreste de la alta montaña, y vine a Mérida, por primera vez, en abril del 61. En aquella ocasión, por un azar extraño, me alojé durante tres días con sus noches en el Palacio Arzobispal. A mis 14 años veía desde una alta ventana la niebla nocturna que se posaba como una pesadilla de ovejas sobre los árboles de la Plaza Bolívar, y en aquellas volutas encrespadas creía ver las líneas de mi destino.

No me convertí en Obispo, como hubiera deseado mi madre, ni tampoco en Rector o Gobernador. Gracias a Dios. Sin embargo, todo lo que he sido y lo que he deseado ser, está ligado a esa ciudad puesta sobre un monte, que no se puede ocultar, y a la universidad sin muros ni murallas que la rodea por todas partes.

Volví a Mérida en octubre del 65 para estudiar Ingeniería Forestal. Desde entonces y a pesar de dos intentos de fuga, no he podido escapar a ese magnetismo que emana de la Sierra Nevada y de la Sierra de La Culata, de los vientos que suben al atardecer desde el Lago de Maracaibo, del azul cobalto del cielo por los lados de Lagunillas, y de ese aroma a laurel de ciertas madrugadas de insomnio tenaz. Aquí he sufrido como un perro apaleado, aquí he gozado como un macaco en un platano.

Aquí me hice hombre y aquí estoy aprendiendo a morir. Aquí tuve la experiencia

sublime de ser padre y aquí tuve la desgracia de perder a ese ser único y angelical.

Aquí, en las buenas y en las malas, he recibido el apoyo incondicional de mi familia y de mi tribu, esa que hoy envía a esta sala una selecta representación.

Así que, por esto y por aquello, por lo que olvido y por lo que recuerdo y por lo que tengo que callar, expreso de nuevo mi agradecimiento a todos y cada uno de los aquí presentes, y a los muchos ausentes y a los que aún deseándolo con el alma no han podido venir.

3.

Hace ya muchos años, en el 93, escribí una crónica más o menos extensa sobre esta ciudad. La titulé: “Mérida, mi herida”, en alusión a un poema de Julio Miranda. A veces la leo y me recorre un escalofrío. Hay en ella una mezcla de amor y de despecho, la surca cierto desencanto. Y tiene un aire de premonición. No resisto la tentación de leer la última página de aquel escrito, pues me parece que esas líneas reflejan y sintetizan los vínculos de memoria y deseo que me unen a Mérida. Allá voy:

“... Muerto o vivo, despierto, insomne o sonámbulo, he sido seducido, atrapado, sojuzgado y sometido por el demonio que rige los destinos de esta ciudad. Y he aceptado, con una mezcla de placer y resignación, el designio de lo desconocido. Pero no he entregado a la intemperie o a la desidia mi tesoro más preciado, el único don que un dios generoso, quizá como compensación a mis múltiples carencias, me ha regalado en abundancia: mi voz. Y esta voz, que los antiguos aztecas representaban en sus códices como una lengua de fuego, me permite entonar un canto dulce o colérico. Ella me sirve para expresar mi rabia y mis temores. Ella es el instrumento a través del cual ejerzo mi libertad.

Puedo decir entonces que Mérida me duele, que sangro como un cordero pascual, que de mi costado brota agua sucia, vapores de niebla y miel.

Aquí, bajo este cielo cargado de oscuros presagios, he sido tocado por la locura y la insensatez. Aquí he amado como un poseso.

Aquí he sido feliz.

¿Elegí acaso vivir en esta ciudadela del gótico tardío? ¿O fue el azar el que decidió por mí? De cualquier manera, aun cuando me refugiara por el resto de mis días en una isla del Pacífico o en un valle del Nepal, la imagen que me visitará en sueños con una frecuencia insidiosa tendrá la forma y los contornos y las esquinas y los callejones de una ciudad familiar. ¿La reconoceré? ¿Me extraviaré otra vez en aquel laberinto que semeja en la penumbra, vista desde alguna región del aire, con los ojos de un aviador alucinado, el cuerpo de una mujer dormida al pie de una montaña? Y si me negara a reconocerla, me bastaría contemplar —o siquiera recordar— la figura menuda de mi hija para salir del trance del olvido. Pues ella conserva en la mirada y en el tono de su voz la presencia y la esencia de su ciudad natal”.

Pues bien, señoras y señores. Ya sólo me queda decir gracias por tercera vez.

Gracias y adiós. Espero, eso sí, que al final del texto que alguna vez recuerde este homenaje, aparezca una frase de La Eneida de Virgilio, que dice así: “Quos fama obscura recondit” : Cuya fama se perdió en las tinieblas.

